

**ARQUIDIOCESIS DE SANTIAGO**  
**18 de Mayo de 2018**

Homilía del Card. Ricardo Ezzati A., sdb  
en la Misa de inicio del Xº SINODO ARQUIDIOCESANO.

**"Sígueme, Tu, sígueme" (Jn. 21,19;22)**

Hermanas y hermanos en el Señor:

Por dos veces, la Palabra de Dios contenida en el texto del Evangelio escrito por San Juan, ha hecho resonar en nuestra Asamblea litúrgica la invitación de Jesús a Pedro: "Sígueme...tú sígueme."

Nos viene bien, es consolador y reconfortante abrir el X Sínodo de la Arquidiócesis de Santiago sobre los "Jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional", en el tiempo y clima de cuestionamiento doloroso que vive la Iglesia de Chile y, en particular, nuestra Iglesia Particular.

Cuando todo parece cuestionado y juzgado, cuando tantas voces se levantan para gritar y exigir crucifixiones, cuando parece que las tinieblas del viernes santo intentan oscurecer el horizonte de la Buena Nueva de Jesús o el silencio sepulcral del sábado dar lugar a la duda y a la desesperanza, la palabra del Resucitado a Pedro se hace confiada invitación a cada uno de nosotros, a toda la Iglesia: "¡Sígueme!".

También el intento de Pedro, sin duda muy justificado por la conciencia de la traición, de distraer la radicalidad de la invitación del Señor a seguirlo y el reproche de su Maestro: "a ti ¿qué?, Tú sígueme". (Jn 21,22), nos llena de humilde confianza.

Es la invitación que queremos acoger, en este encuentro de oración y de discernimiento que se prolongará, especialmente, a lo largo de los próximos días sinodales de comunión y participación, con "misericordiosa" gratitud, como comunidad diocesana convocada en Sínodo, para discernir juntos la voz del Señor en nuestra historia, lo que Él le pide a la Iglesia de Santiago para caminar en fidelidad creativa a la misión que Él le ha confiado al Santo Pueblo fiel de Dios. Y porque nuestra confianza no se apoya en nuestras capacidades, sino totalmente en Él, comenzando esta décima Asamblea Sinodal, junto a la materna asistencia de Santa María Madre de la Iglesia, de San Alberto Hurtado, de Santa Teresa de los Andes, de los beatos Laura Vicuña y Ceferino Namuncurá, invocamos la gracia y los dones del Espíritu Santo:

*"Ven Espíritu divino,  
manda tu luz desde el cielo.  
Padre amoroso del pobre;  
don en tus dones espléndido,  
luz que penetra las almas;*

*fuente de mayor consuelo.  
Ven brisas en las horas de fuego;  
gozo que enjuga las lágrimas  
y reconforta en los duelos...  
Riega la tierra en sequía,  
sana el corazón enfermo,  
lava las manchas;  
infunde calor de vida en hielo,  
dona un espíritu indómito,  
guía al que tuerce el sendero".*

"Sígueme": Con esta palabra, llena de ternura, cargada de intimidad y, a la vez, de solemne autoridad pastoral, Jesús sella el examen al que había sometido a Pedro. Recordemos las preguntas:

"Simón, hijo de Jonás. ¿Me amas más que estos?"; "Me amas? ¿Me quieres? La primera de las preguntas pareciera subrayar una exigencia superior para Pedro, "¿me amas más que estos?". La segunda, lo ubica en una condición que no indica superioridad sobre los demás. Le pregunta sencillamente ¿Me amas? La respuesta a ambas preguntas es: "Si, Señor Tú sabes que te quiero".

Sin embargo, es en la tercera pregunta donde Pedro se siente identificado con toda su historia de generosidad y de traición, de grandeza y de pequeñez, de gracia y de pecado: "Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?". Y desde su condición de hombre pecador perdonado nace su respuesta: "Señor, tú lo sabes todo, sabes que te quiero". Es allí que comprende que la pregunta de Jesús debía ser entendida en su verdad más profunda, es decir: Pedro, te dejas amar más que estos, te dejas amar, te dejas querer? Entonces, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas... Sígueme, apacienta... Lo harás solo si te dejas amar y, dejándote amar, aprenderás a apacentar y a dar tu vida por las ovejas, así como lo ha hecho tu Señor.

Sígueme: Es la conclusión de una historia marcada por altibajos de fe y de dudas, de una generosidad increíble, mezclada con una debilidad abismante: un camino iniciado junto al lago de Galilea, junto a su hermano Andrés, cuando recibió la invitación de Jesús a convertirse en pescador de hombres y "dejando las redes lo siguió." (cf. Mc.1, 18); un discipulado en el cual no faltó duda y desencanto: "¿Cómo puede éste darnos de comer su carne?" y "desde entonces muchos de sus discípulos lo abandonaron y no andaban con él."(Jn 6,52;66). Pedro confiesa su fe: "¿Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y reconocemos que tú eres el Consagrado de Dios."(Jn.6, 68}. Es el Pedro que confiesa a Jesús como "el Mesías, el Hijo de Dios vivo."(Mt 16.16), pero el mismo Pedro que frente a la sirvienta niega conocerlo y ser de los suyos (Le 22,56-62). Es el Pedro que no acierta a entrar en el espíritu de la Pascua y que invita, entonces, a Tomás, a Natanael de Caná de Galilea, a los Zebedeos y a otros dos discípulos, a volver al antiguo oficio de pescar, "pero aquella noche no pescaron nada"(Jn 21,1 ss.).

"Sígueme". No importa tu historia de fe o de infidelidad. "Te basta mi gracia", le dirá el Señor a Pablo. Pedro y la comunidad eclesial, frágil y pecadora es la comunidad de Jesús, vivificada por su Espíritu. Es la Comunidad invitada, una y otra vez, a seguirlo, desprendida de todo ropaje de poder y de autosuficiencia, que debe tener delante de sus ojos al único Señor para servir y dar vida abundante.

Así nos lo recordó el Papa Francisco, el martes de esta semana: "Este tiempo que se nos ofrece es tiempo de gracia. Tiempo para poder, bajo el impulso del Espíritu Santo y en clima de colegialidad (en nuestro caso de sinodalidad) dar los pasos necesarios para generar la conversión a la que el mismo Espíritu nos quiere llevar. Necesitamos un cambio, lo sabemos, lo necesitamos y anhelamos. No sólo se lo debemos a nuestras comunidades y a tantas personas que han sufrido y sufren en su carne los dolores provocados, sino que pertenece a la misión y a la identidad misma de la Iglesia el espíritu de conversión. Dejemos que este tiempo sea tiempo de conversión... Queremos pasar de una Iglesia centrada en sí, abatida y desolada por sus pecados, a una Iglesia servidora de tantos abatidos que conviven a nuestro lado. Una Iglesia capaz de poner en el centro lo importante, el servicio a su Señor en el hambriento, en el preso, en el sediento, en el desalojado, en el desnudo, enfermo, en el abusado... (Mt.25,35)" (cf. Papa Francisco, Meditación a los Obispos de Chile, 15.05.18).

El Sínodo que hoy inauguramos, el décimo de la Historia de la Iglesia de Santiago, quiere ser una confesión alegre y confiada en el Señor Jesús que nos invita a su encuentro para salir al encuentro de todo hermano y hermana, especialmente de los y las jóvenes. Jesús les ofrece vida abundante, les ofrece su propia vida de Hijo de Dios, para que fundados y radicados en él sean, especialmente ustedes, queridos jóvenes, piedras vivas de una Iglesia de rostro joven. A lo largo de este tiempo de preparación han dado mucho de ustedes para preparar este acontecimiento de gracia. Ahora, junto con los demás laicos y laicas jóvenes y adultos, junto a sus pastores y educadores, junto a tantas y tantos consagrados, a su obispo y Auxiliares y en comunión con el Papa Francisco, que en el día de ayer nos ha confiado la misión bendecirlos y animarlos, emprendamos la tarea de mirar con fe y esperanza el futuro que el Espíritu Santo le tiene preparado al Pueblo Santo y fiel de Santiago. La Virgen Santísima no deje de mostrarnos el fruto bendito de su vientre, Jesús, y sea para toda la Iglesia de Santiago Madre que engendra buenos samaritanos, servidores abnegados de los pobres, los vulnerados, de quienes sufren abusos y abandono y, al mismo tiempo, nos obtenga la gracia de ser alegres y auténticos mensajeros del Evangelio de su Hijo.

Amén